



La posición del Libro en la realidad económica y cultural española de la década de los años 80 se analiza desde un sugerente debate pluridisciplinar, en el que participan representantes de las artes gráficas, la edición y la librería, en el área profesional; y de las bibliotecas y la Universidad, como principales agentes difusores de comunicación y saberes hacia el cuerpo social. Completa esta panorámica del presente y del inmediato futuro de la cultura impresa el análisis de las nuevas técnicas electrónicas puestas al servicio del Libro y de la lectura.

FUNDACIÓN
GERMAN SANCHEZ RUIPEREZ

Biblioteca del Libro

El libro en la
cultura de
los años 80



Mesa redonda,
moderada por
Fernando Lázaro Carreter

D
17

350
8-3-85
Grupo Editor

~~34/16~~

V. 20/237



10000923382
Filologia

Biblioteca del Libro

El libro en la
cultura de
los años 80



R. 121.485

Biblioteca del Libro

El libro en la
cultura de
los años 80



Mesa redonda,
moderada por
Fernando Lázaro Carreter

— FUNDACIÓN —
GERMAN SANCHEZ RUIPEREZ

existe la pantalla de cristal líquido, mucho más cómoda, y, por otra parte, nada nos dice que la tecnología vaya a detenerse aquí. Al contrario. Y de la mano de la pantalla cómoda, yo no afirmo que vaya a venir «la muerte de la palabra impresa», como dicen los más entusiastas, pero sí una seria competencia al libro. Repito, no a la obra, sino al libro. O, si lo prefieren, al *libro impreso con tinta sobre papel*.

Porque, una vez que esté en el mercado, esta pantalla de lectura evolucionará por sí sola. Podrá ser del tamaño de un libro, o de un reloj; monocroma o policroma, «en rústica» o con incrustaciones de oro. Y, si un libro, un solo libro, es capaz de llenarnos de añoranza, como decíamos antes, pensemos qué valor no tendrá, para su futuro propietario, una pantallita que le compraron en la infancia y a través de la que han desfilado, durante un largo período de su vida, Cervantes o Shakespeare, el «Pastores los que fuerdes» o el «Polvo serás, mas polvo enamorado».

FERNANDO LÁZARO CARRETER

Muchas gracias, don Francisco Ortíz, que ha planteado la cuestión, como esperábamos, con suma precisión. Lo que ha dicho debe suscitar comentarios. Quizá, yo no sé si esto no va a estar muy conectado con lo que tiene que glosar otro conocedor de los problemas de la comunicación, como nuestro querido José Vidal-Beneyto. Podríamos reunir en una sola discusión o comentario lo que han expuesto ambos ponentes.

FEDERICO IBÁÑEZ

Una intervención muy puntual referida a los niños, que no encaja con los datos estadísticos que estamos manejando nosotros. Y es que una de las líneas que más ha crecido y está creciendo en estos momentos dentro del campo de la actividad editorial en Europa y en Japón, no así en Estados Unidos, es la literatura infantil y juvenil. Y uno se pregunta entonces, si es un problema del libro o es un problema de un planteamiento

cultural histórico, propio de la cultura de Estados Unidos y no de las europeas y japonesas. En cuanto a lo de los monumentos yo recuerdo que, efectivamente, cuando tuve diez años, me sacaron de la pequeña capital de provincias donde había nacido, y me llevaron a otra más grande que era Barcelona. Efectivamente, mi interés se centró en el Parque de Atracciones y no en el Barrio Gótico. Comprendo perfectamente que a los niños de nueve o diez años, les interese más ver las aventuras del video o leer un tebeo que el análisis pormenorizado de alguna catedral gótica.

En resumen, que hay un mayor hábito de lectura en los niños y me pregunto si lo que se nos ha dicho respecto de los Estados Unidos no será el resultado de un planteamiento en que la realidad es una realidad técnica y no el resultado de un proceso histórico.

FERNANDO LÁZARO CARRETER

Convendrá que responda luego, porque, efectivamente nos llevaría a algo así como sacar cerezas de un cesto, ¿no? Vamos a escuchar a don José Vidal-Beneyto.

JOSÉ VIDAL-BENEYTO

Quiero comenzar recordando que somos muchos los que pensamos que la realidad social es compleja y que la conciencia que hoy tenemos de su complejidad tiene que llevarnos, sobre todo en un medio de expertos como es el propio de esta sala, a una extrema cautela respecto de cualquier tipo de afirmaciones, con pretensiones de validez científica. Incluso de la modesta validez a que puede pretender la ciencia social. Por eso no cabe aceptar sin más que la relación entre los modos verbal, textual y audiovisual de la comunicación sea siempre y necesariamente conflictivo, ni que lo audiovisual haya descalificado definitivamente la circulación de lo gráfico y textualizado, ni que la generalizada papiroclastia que nos anuncian y con que nos amenazan, desde esquinas y con objetivos diversos, Orwell



José Vidal-Beneyto
*Catedrático de la Universidad
Complutense*

y McLuhan, corresponda a la realidad de 1984. Todas las series estadísticas de que disponemos prueban, no sólo que la producción total de libros crece en cifras absolutas, a pesar de los incesantes aumentos del costo del papel y de todos los demás elementos y factores productivos, sino que también crece el número de lectores efectivos y en general de la práctica lectiva.

Claro está, que hay determinado tipo de procesos de transmisión de datos e informaciones en los que la modalidad textual está siendo sustituida por lo audiovisual. Por ejemplo los reglamentos, las instrucciones de explicación y uso de aparatos, etc., son objeto cada día con mayor frecuencia de presentaciones audiovisuales en vez de textuales. La causa de estas sustituciones no creo que haya que buscarla en conspiración alguna. Pienso más bien que la razón está en que la comprensión de este tipo de realidades y comportamientos es mucho más plena e inmediata, mediante procedimientos audiovisuales, que a través de la lectura.

Sin necesidad de recurrir a otro tipo de pruebas que las derivadas de nuestra experiencia cotidiana, todos sabemos que cuando hemos intentado aprender a manejar un aparato, o a familiarizarnos con un comportamiento físico para nosotros desconocido —nadar, bailar, etc.— a base de la lectura de un texto, nos ha costado casi más trabajo que si se tratase de un problema teórico de un elevado grado de abstracción. Y que cuantas más ilustraciones ha incluido el texto más fácil ha sido el proceso de intelección y de aprendizaje. Todo lo cual apunta a modos de representación y de identificación con ese tipo de realidades, en los que lo icónico y lo mostrativo sea amplio, si no exclusivamente dominante. Es decir a lo audiovisual.

Pero en cambio, en muchos otros ámbitos de la comunicación, la expresión escrita, el texto, sigue siendo indiscutiblemente el vehículo privilegiado. Pensemos en las obras de imaginación, de creación poética, de reflexión teórica cuya recepción adecuada sólo sigue concibiéndose como inscrita en y resultante del proceso de lectura. Lo cual no quiere decir que la lectura sea un fenómeno mayoritario. No. Leer, como práctica habitual, ha sido y sigue siendo, un comportamiento de minorías. Lo que sí es mayoritario hoy es el prestigio social del hecho de leer, la convicción social, tan difundida, que es casi un estereotipo, de que el libro, la lectura son los instrumentos por excelencia de que hay que echar mano para educarse y formarse, para adquirir y acrecentar un patrimonio solvente de saberes y conocimientos.

El pasado mes de marzo, una revista francesa, con el título de «La lectura está de moda», presentaba los resultados de una encuesta nacional a propósito del libro y de los lectores, realizada en el vecino país por la empresa Gallup sobre una muestra de 809 personas de 15 y más años. Sus resultados no pueden ser más confortadores para los libroadictos que somos todos los que hoy poblamos esta sala.

Setenta y cinco por ciento de las personas interrogadas consideran que leer libros es indispensable para triunfar en la vida.

Más aún, 87% de los encuestados afirman que la lectura es hoy más necesaria para la formación de los jóvenes que lo era en tiempos de sus padres.

Y el mismo porcentaje de 87% responde «no» a la pregunta de si la lectura es hoy una actividad pasada de moda. La desagregación por edades muestra que esta positivación del libro y de la lectura es todavía más intensa en el grupo de los 15 a 25 años, quienes afirman en un 96% que la lectura es capital para cultivarse y triunfar en la vida.

La encuesta enfrenta la comunicación escrita en forma de libro con las otras actividades culturales de dimensión comunicativa: mirar la televisión, ir al cine, ir al teatro, etc., desde la doble perspectiva de distraerse y formarse.

Como era de suponer, para el segundo objetivo, es decir la formación, el libro domina soberanamente a los otros medios (55% de los encuestados frente a 31% que prefieren la televisión o 6% el teatro). Pero es que incluso como diversión la lectura consigue una minoría muy cualificada de 31% en relación con el 43% que privilegia la televisión. Añadamos por lo que toca a este último punto que el uso de la televisión aumenta en porcentaje a medida que se aumenta en edad y que los grupos de edad más jóvenes dan en cambio la prioridad a la música, el cine y hasta el teatro.

Con todo, tal vez lo más revelador del análisis sea la actitud del universo interrogado respecto de la multiplicidad de destinos sociales de la lectura. Treinta y seis por ciento de los encuestados declaran que no se puede ser feliz sin leer libros; y frente al 8% que consideran que leer una novela es perder el tiempo, 22%, cuando ven a alguien leyendo una novela, piensan que se trata de una persona inteligente e interesante y 32% se sienten estimulados a compartir ese comportamiento cultural. Olvidemos a McLuhan: la galaxia Gutenberg goza de excelente salud.

Se me objetará que no faltan artículos, algunos rigurosos, sobre la desafección del niño y del adolescente respecto a la lectura, ni las advertencias y alarmas sobre la desalfabetización de los jóvenes norteamericanos como resultado de la avalancha audiovisual. Una vez más estamos ante un fenómeno complejo que debe estudiarse en profundidad. Parece probado que en la primera fase educativa de los niños de los seis a los doce años, la perspectiva icónica señorea hoy el proceso de aprendizaje y que hasta puede hablarse de un fenómeno de

rechazo de la letra impresa por parte de los niños, cuyas consecuencias más duraderas son un empobrecimiento léxico y sintáctico importante y una dificultad acrecentada para la corrección ortográfica.

Ahora bien, estos datos son concomitantes, como nos señalan los sociólogos de la lectura, con la reapropiación del mundo del libro que opera el niño en función de su medio familiar, y que yo calificaría, si ustedes me permiten la expresión, como la recontextualización ecocultural de la práctica lectiva. Se trata de un proceso muy particular, en virtud del cual el niño que pertenece a una familia con un grado de culturización elevado, no sólo acaba adquiriendo el hábito de la lectura, sino que desarrolla de forma más acentuada que en épocas anteriores, la tendencia a personalizar la posesión de libros. De tal manera, que, en familias con varios hijos, cada cual intenta montar su propia biblioteca. La difusión de esta conducta en los países desarrollados, prueba, más allá de la conocida vigencia del principio consumista entre los adolescentes, que el concepto de culturización familiar, a que acabo de referirme debe de entenderse en sentido amplio. Es decir, que basta con que en un medio familiar el libro y la lectura gocen de prestigio, y este prestigio esté refrendado mediante la existencia en la casa familiar de bibliotecas creadas por los padres, para que los niños se socialicen en la lectura, aunque los padres no sean profesionalmente intelectuales, ni tampoco voraces lectores. En este sentido, los datos e informaciones de que disponemos para la República Federal Alemana, Benelux y Francia, no parecen dejar lugar a dudas.

Esto explicaría, por lo demás, la progresión de libros publicados para niños y adolescentes, a que se ha referido antes Federico Ibañez. Ahora bien, es evidente, que esos libros tienen un nivel de iconicidad claramente superior al de hace 50, 30 o incluso 20 años. Y que cuando el grupo de edad de 15 a 25 años contesta, en la encuesta francesa realizada por Gallup a que acabo de aludir, que el libro es uno de sus entretenimientos favoritos, están llamando libro, no sólo a textos con muy abundantes ilustraciones, sino directamente a los comics. Y lo mismo cabría decir a propósito de las bibliotecas personales de los niños, que he puesto como ejemplo, en las que los tebeos y

semitebeos, sin ninguna duda, son los conjuntos impresos predominantes.

¿Es legítimo llamar libros a estas publicaciones? A mi juicio, decididamente, sí. Es más, la tarea más urgente, hoy, para los libromilitantes, es la de reivindicar que el libro, como el ser para Aristóteles, se dice de muchas maneras, y que el peor enemigo de la lectura y con carácter general, de la supervivencia de la dimensión textual, es, lo que he llamado en otros lugares, la reducción metonímica del libro a sólo una de sus modalidades. Por muy victoriosa y unánime que haya sido su presencia, en los últimos ciento cincuenta años. Me refiero, claro está, al libro en soporte papel, en 4.º, 6.º, 8.º, encuadernación de poca rigidez, etc. que se ha convertido en la expresión antonomástica del libro, en su estereotipo.

Por esta razón me parece esencial que no renuncie el libro a ninguna de sus posibilidades expresivas, a ninguno de sus modos de existir. Confinar el libro en el marco único que representa la sucesión de hileras o renglones superpuestos y acorralar lo sémico de la comunicación en la nuda textualización, es olvidar que el libro es, sustantivamente, un espacio gráfico, en el que lo lingüístico y lo icónico constituyen una trama conjunta e indisoluble aunque sus elementos puedan diferenciarse.

Recordemos a este respecto que el manejo del espacio gráfico es hoy mucho más mostrenco que lo era hasta finales del siglo XVIII, y que la normalización impresora y los perfeccionamientos tecnológicos en las artes gráficas, se han traducido de forma paradójica, no en desarrollo sino en empobrecimiento de las formas de organización del libro como espacio.

Lo cual es tanto más patente, cuanto que el inmenso desarrollo, cuantitativo y cualitativo de la función de la imagen en la comunicación, ha producido una verdadera explosión de la sensibilidad icónica de los niños y adolescentes, hasta el punto de que la psicofisiología nos dice que tiene ya su correlato en una complejización e intensificación de la estructura receptiva sensorial, relativa al mundo de la imagen bien fija, bien en movimiento. Lo cual necesariamente, tiene que elevar el nivel de exigencia y el nivel de expectativas del uso de lo icónico, en sí mismo y en su imbricación con lo lingüístico,

como ocupantes conjuntos del espacio gráfico. En otras y pocas palabras: que mientras el espacio gráfico ha estabilizado o disminuido su riqueza expresiva, las potencialidades actuales de lo icónico, en su doble dimensión, simbólica y efectiva, han aumentado sensiblemente, generando todo ello una demanda de enriquecimiento gráfico de los textos cada vez más incumplida.

El libro, pues, se dice y debe de decirse de muchas maneras. En 1984 apunta ya, aunque aún muy tímidamente, la forma que algunos anunciaban como destinada a imponerse a todas las demás: la de los textos en pantalla, que algunos llamamos textos catódicos. Su avance está siendo mucho más lento de lo que se preveía, y no sólo a causa de la resistencia inercial de los hábitos adquiridos, sino también porque el libro electrónico sigue teniendo muchos problemas sin resolver. Digamos, sin ambages, que la lectura en pantalla es, hoy por hoy, algo difícilmente soportable, que excluye el ejercicio lectivo concentrado e ininterrumpido y que no puede mantenerse más allá de cierto tiempo, ni siquiera de forma distante y discontinua. Pero, a mi juicio, ello se debe a limitaciones técnicas susceptibles de ser mejoradas. Mejoría que no sólo es posible, sino deseable, incluso para intelectuales papirofágicos como yo.

Pienso que los cuatro problemas esenciales del libro catódico son: la nitidez del contraste, la estabilidad de la luminiscencia la acuidad del color y la pertinencia de los caracteres. Hay aquí cuatro campos de investigación que creo que corresponden a las capacidades técnicas de un país de desarrollo intermedio como es el nuestro. Y permitanme Uds. una pequeña digresión, que quizá no lo sea tanto.

Todos estamos de acuerdo en que la informática es hoy, desde la consideración científica, técnica e industrial, una realidad de primera magnitud. Y que ningún país puede renunciar a ella. Ahora bien, que una industria nacional, sea estatal o privada, de un país de nuestras características, intente competir a nivel de hardware, es decir de la fabricación de ordenadores, con las grandes multinacionales de este sector es simplemente ridículo.

Donde creo, en cambio, que sí que tenemos mucho que hacer es en el complejo y decisivo campo de la relación del

hombre con la máquina, en toda la vastísima problemática del software, de la programación, de la puesta de la máquina al servicio de nuestras necesidades sociales, de nuestra identidad cultural, de las especificidades de nuestras lenguas. Pensemos por un momento en la inminente incorporación de los thesaurus terminológicos científicos y técnicos a casi todos los procesos electrónicos, y en la inmensa pobreza de nuestra área hispánofónica a ese respecto, que, como he dicho ya en otras ocasiones, nos llevará, dentro de pocos años, a tener que pagar royalties a los japoneses y a los anglosajones para hablar electrónicamente en castellano.

Clausuro el paréntesis y vuelvo muy brevemente al libro catódico ¿Qué nos impide, a los españoles, y aprovecho la presencia de un representante de Fundesco para exhortarle a hacerse portavoz de esta sugerencia cerca de su institución, concentrar nuestros esfuerzos de «creación informática» en intentar mejorar las condiciones tipográficas del libro electrónico? Sobre todo cuando de ellas depende, en último término, la legibilidad de un texto y cuando la coincidencia en considerar la legibilidad como la cualidad decisiva de una pantalla terminal es prácticamente unánime.

En una reunión como la nuestra son obligadas las exhortaciones a la defensa del libro y los avisos sobre las amenazas que sobre el mismo pesan. A unas y a otros quiero sumarme, sin restricciones, pero situándolos en el contexto de los datos de la realidad. Ateniéndonos a ellos habría que decir, en primer término, que la dimensión simbólica del libro, en el último cuarto del siglo XX y a pesar de la audiovisualización de la sociedad, es más relevante y tiene mayor vigencia que nunca. Debiendo añadirse que la transformación de los referentes simbólicos obedece a procesos sociales muy lentos y de difícil, por no decir imposible, programación. Lo que nos tiene que llevar a concluir que no parece ni fácil ni inmediato que el libro pueda perder su condición de indiscutible casa del saber.

En segundo lugar que los costos editoriales están haciendo casi imposible la publicación de la producción científica en forma tradicional, es decir en soporte papel. No quiero cansarles con cifras, que por lo demás he facilitado ya en un estudio que ha visto la luz en un libro auspiciado por la Fundación

Germán Sánchez Ruipérez, que es también nuestra anfitriona de hoy. Pero redondeando los datos estadísticos de que disponemos, quiero decir que mientras la producción de tesis doctorales en los países de la CEE se ha multiplicado por 10 en los últimos 30 años, el número de publicaciones de esas tesis ha disminuido, en cifras absolutas, en casi el 2%.

El despilfarro que ello supone es inaceptable. Pero ¿cabe algo más absurdo en época de crisis económica y de escasez que reiterar, por ignorancia, investigaciones que ya se han realizado? ¿O defender la concepción de la ciencia como un saber acumulable, cuando esta acumulación sólo se practica en los cajones de cada investigador, o en los polvorientos sótanos de las universidades y centros científicos? Y esto es lo que está sucediendo y de lo que todos somos responsables.

FERNANDO LÁZARO CARRETER

Muchas gracias a don José Vidal-Beneyto. Creo que las dos últimas intervenciones van a suscitar comentarios. Aquí tenemos ya el del señor Gugel.

FRANCISCO GUGEL

Bueno. Yo he oído, lógicamente con especial atención, al señor Ortiz Chaparro y al señor Vidal-Beneyto pero también con no menos preocupación. No quiero pecar de optimista y por otra parte soy consciente de los avances inesperados que nos puede traer la informática, incluso inconcebibles, pero yo entiendo que un ordenador, un cassette, una cinta magnética, puede contener una biblioteca, en su cerebro sin alma, y nos la puede servir a capricho en un momento dado. Pero se me hace difícil creer que puede sustituir no solamente a lo que el autor crea en un libro sino a lo que el propio lector recrea y que el propio autor no sabe ni ha dado pautas sobre lo que el propio lector puede recrearse. Existe la creación del autor y la recreación del propio lector, una especie de coexistencia. Y eso es difícil de sustituir por un ordenador porque evidentemente nos dará las ideas, las ideas que tenga el propio libro, las ideas que

porciones que las que detecta el propio editor y yo quería preguntar sobre este asunto, si en la mesa se suscita el contestarme.

FERNANDO LÁZARO CARRETER

El señor Ortíz Chaparro le va a contestar. Perdón, el señor Huergo parece que tiene algo que decir sobre esta cuestión.

ARSENIO HUERGO

Sobre las intervenciones anteriores... No, de eso no.

FERNANDO LÁZARO CARRETER

Me parece de enorme importancia la cuestión de la reproducción mecánica, porque pone en peligro la vida de determinados tipos de libros. Yo tengo la impresión de que hay un verdadero abuso de ella, y que las Universidades tendrían que intervenir con más decisión. Aunque se ha ido el vicerrector de Salamanca, aquí estamos por lo menos dos profesores de la Universidad, y podemos asegurarlo. La fotocopia es un instrumento absolutamente imprescindible o necesario o conveniente en ciertos casos, que deberían estar regulados. Pero en otros, se trata de una piratería que debiera perseguirse. Y las Universidades no hacen nada. Se habla mucho del video: ¿por qué no de la fotocopia?

FEDERICO IBÁÑEZ

Cada vez que se reúne un colectivo de editores, la cuestión de la reprografía o la piratería editorial, que no es la piratería de los editores, sino la piratería que sufren los editores, surge constantemente. Lo cierto es que hasta el momento no aparecen soluciones claras. La aplicación del Código Penal plantea dificultades; habría que estar constantemente demandando, querellándose contra las propias instituciones públicas y contra los funcionarios públicos, porque donde más se fotocopia es justamente en las bibliotecas, en las universidades y en general en los centros de enseñanza. También pensamos que

hay razones estructurales que no solamente lo propician, sino que hasta cierto punto lo hacen inevitable, en la medida en que no hay bibliotecas suficientemente dotadas, que permitan a los alumnos acceder al libro y comprendemos que los precios de los libros no siempre están al alcance de todas las economías, etc. Las soluciones que se apunta van por la vía de los «centros de protección de derechos» que establezcan acuerdos entre la Administración y los editores y los autores.

JOSÉ VIDAL-BENEYTO

Sobre este tema dos consideraciones, apoyadas en nuestra experiencia personal y en lo que nos ha sido dado observar como científicos y universitarios. La regulación de la reprografía de textos debe a mi juicio diferenciar claramente entre la reproducción de algunas páginas e incluso de un artículo o capítulo completos y la fotocopia de un libro en su totalidad. Es obvio, que lo preocupante es esto último y que los esfuerzos de organización de la práctica reprográfica deben constituirlo en su objetivo principal.

En principio parece claro, que, en la mayoría de los casos, en especial cuando se trata de un libro recientemente publicado, el propósito de fotocopiarlo es el de disponer del mismo producto textual, el libro, por un precio muy inferior. Pero seamos sinceros. Un conjunto de fotocopias, aunque estén luego cortadas en dimensiones de libro y agrupadas por algún procedimiento, no son el mismo producto, pues no tienen la densidad simbólica propia del libro a que me he referido en mi primera intervención. Y no pueden proporcionar el mismo disfrute, digamos, patrimonial, del libro. Además de que son mucho más perecederas. De aquí que la fotocopia de libros, que pueden comprarse con facilidad en las librerías, se concentre, sobre todo, en libros científicos y técnicos, cuyo precio es normalmente muy elevado y en los que el proceso de lectura no es de recreación, sino puramente instrumental. En cambio, la fotocopia de novelas enteras es mucho más escasa, y de las publicadas en colecciones de bolsillo, totalmente nula.

Por lo demás, la reproducción de libros enteros se practica sobre todo respecto de libros que no es posible encontrar en

librerías. Y hay que reconocer que los libros de más de dos años son cada vez más difícilmente accesibles. Y en algunos países absolutamente inencontrables. Pensemos, por ejemplo, en Italia, que es uno de los países europeos occidentales de mayor actividad editorial, tanto para libros de origen italiano como extranjero. Y en Milán, cuya red de librerías es ejemplar. Pues bien, encontrar en ellas un libro de ensayos, publicado tres años antes, es cometido casi imposible.

Mi segunda consideración se encamina a las posibilidades de limitar la piratería reprográfica de libros enteros. En muchos centros universitarios y científicos extranjeros, las fotocopiadoras a disposición de los estudiantes y de los investigadores, están provistas de una rejilla de líneas más o menos abundantes, de dos a ocho, superpuestas a la placa de contacto, rejilla que es reproducida en las fotocopias y que, sin dificultar la lectura, rompe la tersura del texto impreso y lo designa, de forma patente, como propiedad ajena. Además, una inscripción, en la parte inferior o superior de la placa, indica el centro donde se ha practicado la reproducción, y, en algunos, hasta figura una línea señalando la prohibición de servirse de lo fotocopiado para fines mercantiles. Todos estos adimentos *marcan* los textos de tal manera, que los desposeen de su condición de objetos neutros, disponibles, y, por tanto, apropiables y patrimonializables.

En cualquier caso, en un estudio del Centro Georges Pompidou de París, basado en un importante acervo de datos, se afirma que estos sistemas de control reprográfico en centros universitarios y culturales parisinos han conseguido disminuir, muy notablemente, la reproducción de libros enteros que pueden encontrarse en las librerías, e incluso de los que no pueden encontrarse. Reduciendo así, en buena medida, el uso de la fotocopiadora a su función de auxiliar en los procesos de aprendizaje e investigación.

FRANCISCO GUGEL

No voy a entrar en polémica con el profesor Vidal-Beneyto, Dios me libre, pero lo que ocurre es que se están fotocopiando novedades, quiero decir libros aparecidos el día ante-

rior, o sea insisto, no son libros publicados hace tres años, sino novedades. Estoy de acuerdo con Federico Ibañez en toda su exposición acerca de las fotocopias, pero creo que el tema debería encararse por una información insistente. Yo pienso que mucha gente ignora que al hacer fotocopias incurre en un tema penado por la ley, y que además está haciendo un gran mal a la propia creación de la cultura. Una divulgación en este sentido evitaría mucha piratería. Me consta que hay mucha gente que ignora esta cuestión, y que considera una labor loable reproducir y divulgar determinado libro o capítulos del mismo.

FERNANDO LÁZARO CARRETER

Sí, y una cierta responsabilidad que deberían asumir, si funcionaran los centros bibliotecarios. Tiene razón el señor Vidal-Beneyto. La fotocopia suele estar a cargo de un bedel, que no sabe lo que fotocopia. Puede tratarse incluso, de un libro recién publicado, cuya reproducción salga más barata. Esto es muy grave, y se hace con frivolidad. Veo que son ya las 2, hora que está fijada en el programa para terminar. Los problemas son tantos, que tendríamos que estar hablando mucho tiempo...

JOSÉ VIDAL-BENEYTO

Un minuto nada más, para añadir un comentario a propósito de los distintos modos de lectura y de sus consecuencias, tema al que por parte de varios participantes, yo entre ellos, se ha aludido con reiteración. Se trata, al menos según mi apreciación, de un problema técnico y que, por tanto, requiere que se aborde desde una perspectiva técnica. Situados en ella, la problemática de la legibilidad, a la que me he referido en mi primera intervención, se nos aparece como la inesquivable cuestión previa, si queremos poder decir algo con un mínimo de pertinencia y de fiabilidad.

Todos sabemos, por ejemplo, que el palmo o cuarta es la unidad perceptiva media del lector en su lengua nativa. Y que referido al francés, y distinguiendo entre lector lento y lector rápido, el palmo o cuarta se sitúa en ocho y dieciséis palabras, respectivamente. Pues bien, los estudios de que ya disponemos prueban la notable modificación del palmo en la lectura en soporte papel y en la lectura en pantalla. Es más, la importancia de la legibilidad electrónica para el éxito comercial de los terminales-pantalla han llevado a desarrollar, en estos últimos años, un acelerado proceso de investigación sobre dicho aspecto.

Los resultados de la misma han puesto de relieve, una vez más, el carácter decisivo de la organización del espacio en el que se inscribe el texto y la importancia de la condición de los elementos gráficos con los que se escribe. Y se han podido comprobar las notables variaciones del palmo, en función de que el número de matrices por línea sean de cuarenta, sesenta u ochenta; de que el número de líneas por pantalla sea de veinticuatro, treinta y dos, etc.

Digo todo esto, como una llamada al realismo si queremos que nuestro propósito de aumentar la eficacia de los procesos comunicativos de textos, o si ustedes prefieren, de defensa y promoción del libro, tengan efectos prácticos y rápidos. Ya que pienso que antes que entregarnos a consideraciones sobre procesos tan sutiles y complejos como la naturaleza de la recreación en la lectura, muy interesantes, pero hoy por hoy, científicamente inabordables, sería más productivo, y perdón por el pragmatismo, que intentásemos seguir profundizando en aquellos temas básicos de la práctica lectiva, que han mostrado ser susceptibles de un tratamiento experimental posible. La legibilidad creo que ofrece un terreno privilegiado para ello, que nos permitiría en poco tiempo dar pasos de gigante en la determinación de las distintas modalidades gráficas que deben adoptar los diversos modos de libro, según el soporte en que se presenten y según la organización de los espacios de inscripción textual de que dispongan.

Todo esto de cara al único objetivo que me parece socialmente legítimo: la eficacia en la transmisión textual y/o audiovisual del saber. Eficacia que, por lo demás, tenemos que

entender como adquisición de conocimientos, pero también como experiencia de placer, del placer del texto.

FERNANDO LÁZARO CARRETER

Muchas gracias por su observación. Es lástima que no hayamos tenido tiempo de discutir los problemas de la relación entre el libro de papel y las otras modalidades del libro que se han expuesto por los señores Ortiz Chaparro y Vidal-Beneyto. Pero creo que queda algo de nuestro coloquio que no expresa deseo sino una realidad; el libro va a continuar viviendo. El libro de ocio parece que tiene la vida garantizada, si se sabe educar para ese libro. Y, además, es imprescindible. Incluso se ha apuntado, y es importantísimo, esa especie de efecto de rebrote que están produciendo, justamente, los medios audiovisuales.

En un hecho, el de la lectura, absolutamente individual, como decía el director de la Biblioteca Nacional, porque uno elige el instante, el momento, la obra, etc. Aquel acto es suyo, mientras que viendo un programa de televisión, está compartiendo algo que es absolutamente común. Mientras el hombre sepa defender su libertad, el libro tiene asegurada su vida. Lo que ocurre es que hay que educar a los jóvenes para que sepan defender su libertad, para que la protejan y se protejan contra estos otros medios audiovisuales que, de momento, obedecen a intereses muy concretos.

Nos llevaría muy lejos discutir todas estas cuestiones. Hay que terminar. Así como en la primera mitad han quedado los problemas del libro claros, dentro de su oscuridad, en esta segunda mitad no hemos podido hacer más que apuntar las relaciones del libro con los demás medios, y su posible pervivencia. Quizá hay lugar para su optimismo fundado en la necesidad que el hombre tiene de él.

Para terminar, va a hacer a ustedes una brevíssima información sobre lo que nuestra Fundación pretende, y lo que ha hecho y lo que haremos, en función también de lo que hemos oído, el director de dicha Fundación, don Ángel González Rivero.